



Recuerdos de los primeros tiempos

MANUEL DE TERÁN

Publicado en *Sesenta aniversario de la fundación del Instituto-Escuela*, mayo de 1978, de VV AA., Madrid, Asociación de antiguos alumnos del Instituto-Escuela, 1979, págs. 9-15.

Cuando nuestro compañero Helios, con la insistencia afectuosa y entusiasta que él tan generosamente pone en todo lo que se refiere a nuestra Asociación, me pidió que viniera, yo no pude menos de acceder a pronunciar en el acto de hoy, primero de los que vamos a dedicar a conmemorar y honrar al cabo de sesenta años lo que fue nuestro Instituto-Escuela, unas palabras, y convenido quedó que no sería una conferencia, sino unas charlas, una conversación, en una palabra, valga la redundancia, unas palabras. En cuanto al título, puesto que no encontré otro más afortunado, me decidí por el de Recuerdos, pues van a ser recuerdos de personas y cosas. A este propósito tengo que decir, como disculpa de posibles errores e inexactitudes, que cuando ya se llevan subidos algunos peldaños de eso que con eufemismo no exento de gracia se llama la tercera juventud, unas veces los recuerdos son muy claros, precisos y detallados, mientras que otros aparecen velados por la niebla que la subida de esos peldaños ha dejado.

Recordando en estos momentos las palabras que Antonio Machado pone en voz de Juan de Mairena: «La memoria borra, confunde y a veces inventa», posiblemente no solamente habrá verdades precisas, sino que habrá también confusiones y quien sabe si invenciones.

Muy acertadamente, Soledad Ortega ha recordado la figura de don Santiago Alba. Fueron dos Albas, dos afortunados Albas los que pusieron en marcha el Instituto-Escuela. De don Santiago he visto el Decreto fundacional, que con mucho acierto ha sido reimpresso, y luego fue otro Alba, ya terminada la dictadura de don Miguel



Primo de Rivera, el Duque de Alba siendo Ministro de Instrucción pública fue el que procedió a su consolidación, pues hasta entonces no había pasado de ser un ensayo con cierto carácter de provisionalidad. A la vista tenemos el Decreto fundacional, de don Santiago, y no lejos de aquí, frente a la Residencia de Estudiantes, se conserva un banco de granito y ladrillo que el Duque dedicó a la Residencia de Estudiantes. El Bachillerato español había sufrido muchísimos avatares. Yo tengo escrita una historia del Bachillerato español remontándome hasta el siglo XVII y partiendo especialmente de la reforma hecha por Gil de Zárate en 1845, con el cual se puede dar nacido el Bachillerato propiamente tal. Se sucedieron después planes sobre planes de muy poca duración, hasta llegar al que constituyó el Instituto-Escuela. Pero este plan no es un plan más, y así se dice en el Decreto fundacional, pues reconociendo la poca eficacia de los planes anteriores, se decidió algo nuevo: la creación de un centro de ensayo, un verdadero laboratorio pedagógico de primera y segunda enseñanza que pudiera ser no el definitivo para todos los centros de España, sino el modelo en el cual cada ciudad o región podría proceder a la propia reforma de su segunda enseñanza. Dicho con lenguaje de hoy sería lo que se llama un Centro Piloto, palabra nueva y no de mi gusto, pues mis preferencias van como, se dice en el Decreto, por la palabra Centro de Experimentación y de Ensayo. Lo que se pretendía con el Instituto-Escuela no era el privilegio exclusivo de hacer una reforma, sino de ofrecer las bases y fundamentos para que cada instituto, según su propia experiencia, sus circunstancias regionales y sus posibilidades, procediera a la propia reforma de sus planes.

Y pasemos a los recuerdos personales: yo había estudiado en el Instituto del Cardenal Cisneros, que no era precisamente un modelo de Instituto, aunque contaba con un cierto número de profesores verdaderamente excelentes y que de modelo podían servir. En aquel instituto de la calle de los Reyes, adosado a la Universidad de San Bernardo, no disfrutábamos de ningún espacio para jugar; jugábamos en el pasillo, y como recuerdo personal contaré alguna anécdota. Había



un bedel que cuando alborotábamos mucho se quitaba el cinturón y a cinturazo limpio desalojaba el pasillo, entonces salíamos a la calle a jugar a las bolas en unos agujeros que ahuecábamos entre los adoquines, y los días en que no venían los profesores, que a veces eran demasiado frecuentes, nos íbamos a jugar con una pequeña pelota a la plaza de España, contigua, entonces nada más que un solar, lo que había dejado el derruido cuartel de San Gil.

Del Instituto del Cardenal Cisneros pasé al contiguo que llamábamos el caserón de San Bernardo, antiguo noviciado de la Orden de Jesús. Yo no tenía entonces ni la menor referencia, ni idea de lo que era el Instituto-Escuela, ni la Institución. Cuando murió don Francisco Giner, en el año 1915, yo tenía trece años, de manera que no tuve la fortuna de conocerle, ni de conocer aquellos lugares. Aún no terminada la licenciatura, no había cumplido los dieciocho años, cuando un día mi profesor don Claudio Sánchez Albornoz me sorprendió diciéndome que le habían solicitado un profesor para el Instituto-Escuela y que él me enviaba a mí. Así fue como yo hice mi primer encuentro con el Instituto-Escuela e incluso con la topografía de los terrenos en que se encontraba enclavado. Perdonen un poco que quiera, pues en medio de todo al fin soy Geógrafo, hacer sobre esto algunas precisiones.

El Instituto-Escuela estaba en el edificio que hoy ocupa el Instituto Ramiro de Maeztu, juntamente con otro edificio en la parte más alta de Madrid, a más de setecientos metros de altura, pues en la parte en la que hoy es el Consejo Superior de Investigaciones hay una placa que dice «701 metros y más», una altura muy considerable. Perdonen que vuelva a aparecer el Geógrafo, no hay ninguna capital de Estado Europea en que se encuentre la cota de setecientos metros. Aquella loma o colina se llamaba la Colina del viento, y por otro nombre Colina del aire, pues los dos nombres estaban justificados; aquello era una meseta por la cual corría anchurosamente el viento que directamente llegaba del Guadarrama. Vuelvo a insistir que no era propiamente una colina. Sobre el modelo de Roma es muy frecuente que las ciudades se empeñen en buscar en sus suelos siete colinas, pero



en Madrid lo que se llamó Colina, son lomas alargadas entre ríos y valles. La Colina del viento o del aire era en realidad una loma alargada; por un lado estaba la calle de López de Hoyos, que era un verdadero torrente; por otro lado, el llamado Ojo del lagarto, entonces se formaban charcos, a donde el profesor de Historia Natural iba a la caza de algunos animales, fue el lugar donde luego se fundó la Colonia de la Residencia. Por el Este se iba hacia la calle Velázquez y por el Sur se bajaba a la gran vaguada de la Castellana. De manera que era como un islote alargado embarrancado en todos sus frentes, un magnífico observatorio; desde allí se divisaba el Guadarrama, que Machado diría «Ahí está tu Guadarrama, fiel amigo» y él fue también nuestro fiel amigo.

Estamos en la interferencia de dos paisajes madrileños: por un lado el de la Sierra de Guadarrama, nuestra sierra por excelencia, por otro, el del Madrid que Unamuno llamó «terregno de campos terregnos», en el que apenas crecía una rala vegetación; algún cardo borriquero, yermo y desolado. Unamuno también nos dice que así como hay ciudades de Canterías (Santiago, Salamanca, Ávila), Madrid, como Toledo, es una ciudad de barro de arcilla para alfares y confección de pucheros. En aquella parte existían entonces numerosos alfares en los que se fabricaban ladrillos. Estamos, pues, en el contacto de dos Españas, de dos paisajes, dando vista por un lado a la Sierra y por otro contemplando campos desolados, siendo lo que hoy es la calle Vitruvio un torrente acarcabado, en el que la erosión se iba comiendo todos los años algún trozo de terreno, a expensas de lo que era campo de deportes.

Este fue al primer lugar que pasé. Pero, sin embargo, mis primeras clases las di aquí en el edificio de Miguel Ángel número 8, que es otra de las raíces, de lo que iba a ser el Instituto-Escuela. Carmen Zulueta, antigua alumna y hoy profesora en Estados Unidos, tiene el propósito de escribir un libro que podría titularse Miguel Ángel 8, pues esta casa tiene una historia que merece ser escrita y recordada, ya que ha representado mucho en la cultura española contemporánea. En la esquina de Miguel Ángel con la calle Fortuny estaba la primera Residencia, que luego se



trasladó al alto del Hipódromo, que entonces era todavía un erial, y aquí en Miguel Ángel empezó también su vida el Instituto-Escuela, en un local cedido por el Instituto Internacional de Boston, donde funcionó una escuela para muchachas, a las que entonces se decía las Bostonianas. En el aula en que yo di mis primeras clases se divisaba un jardín amplio, cuyo espacio fue disminuyendo porque se construyeron otros edificios. Ahí, en ese primer piso, y después en el jardín, yo he vivido alguno de mis años mejores, de la clase íbamos al jardín, jugábamos al balón, al base-ball, y allí un día Pilar Villalba, siempre robusta y alegre, me pegó un terrible pelotazo en la cara que estuvo a punto de hacerme perder el sentido.

Después de Miguel Ángel número 8, pasé a lo que llamábamos Hipódromo. Yo subía a la Colina, cuyo nombre después Juan Ramón Jiménez cambió por el de Colina de los chopos. Y llegado este momento no puedo menos de leer con cierta emoción las palabras de Juan Ramón Jiménez cuando decía: «Venid a la Colina de los chopos». No era más que una colina de barro y arcilla sin otro acceso que por el jardincillo del Museo de Ciencias Naturales, pues la calle de Serrano, a partir de López de Hoyos, no estaba abierta.

Entre esas precisiones que he dicho que conservo en mi memoria recuerdo perfectamente que cuando se abrió la calle del Encinar, en 1913, todavía tardó mucho en abrirse la prolongación de la calle Serrano. Recuerdo también un día que llegaron unos agrimensores que cortaron casi por la mitad el anchuroso campo de juego del Instituto-Escuela y en lo que quedó al otro lado empezó la construcción de casitas y hoteles.

Don José Castillejo, un hombre magnífico mezcla de idealista y realista, había comprado todo el terreno por una cantidad insignificante, pues eran verdaderas afueras de Madrid. Aún así lo que daba de nuestra parte era una cantidad de campo extraordinaria. Por uno de sus lados, «El Canalillo». Pero era un canalillo entonces sin chopos, hasta que un día Alberto Jiménez, director de la Residencia de Estudiantes, tuvo la idea de comprar chopos que llegaron a la Residencia, y que



Juan Ramón y los residentes plantaron en la orilla del pequeño canal. Juan Ramón Jiménez decía a este propósito «ahí están echados todavía en el suelo con sus raíces en el esportón de tierra madre oliendo a vida y esperanza», como olía toda aquella colina. «Han traído 3.000 chopos y todos vamos a sembrar los nuestros», se habían distribuido a los residentes para sembrar los suyos. «Vamos a ver los que ya están plantados, tan tiernos, tan fuertes, tan sanos, tan vivos con sus tiesas hojitas sonajas aleteantes y su amorosa agua al pie, empezando ya a arraigar y a sostener el cielo».

Pero volvamos a los otros recuerdos. En aquella colina yo entré en conocimiento con personas que han dejado toda huella en mi vida. Recuerdo a Manuel, nuestro portero; a su mujer, Petra, cuyo retrato, así como el de sus mujeres anteriores, no sé si fueron tres o cuatro, todos los conservaba porque a todas las quería mucho. Había vivido mucho y amado mucho. Recuerdo también que después de la guerra hubo alguna persona, aquí funciona intencionadamente mi falta de memoria, que me dijo que sí, «que Manuel era una buena persona, pero que había sido de UGT», yo le dije, «pero qué querría usted que fuera un portero, querría que fuese miembro del Casino o del Círculo de Bellas Artes».

De los profesores, la primera persona con quien entré en contacto fue don Francisco Barnés, pues era el catedrático de Historia a quien iba dirigido. Era don Francisco una gran personalidad. Su barba larga, hirsuta; sus ojos negros brillantes le daban un aire de bereber. Tenía don Francisco el don de la elocuencia. Era uno de los pocos hombres que conservaban esta facultad del siglo XIX. Su capacidad de lectura era extraordinaria, como su deseo de continuo aprendizaje. Admirable era la humildad con que acudía como un alumno más a la clase de don Manuel Gómez Moreno, y como participaba en ella tanto en la de Arqueología Árabe como en la de Numismática, su desorden era también magnífico, casi siempre hablaba del tema o la lección que no correspondía, pues no era el profesor que repite siempre la misma lección que lleva aprendida. Aunque el tema no coincidiera con el número de la lección del programa, le daba siempre a los alumnos algo que no era una



mera repetición, sino que tenía el frescor y la hondura del saber bebidas en fuentes vivas.

Magnífica también la personalidad de don Martín Navarro. Yo no soy quién para juzgar la filosofía del señor Navarro, pero lo que sí sé es que era una de las figuras más espléndidas del Instituto.

Siempre con su sonrisa ancha, sana, soleada, pues no era hombre de sonrisa ni siquiera de risas, sino de risotadas, el señor Navarro era en el Instituto-Escuela la alegría, un chorro de alegría impetuosa. Los domingos era habitual en él recoger a un grupo de alumnos y andando 14 kilómetros de ida y 14 de vuelta, con una manta al hombro y con una tartera en la mano emprendía el camino hacia el monte del Pardo, en donde con sus alumnos pasaba el domingo entero. Muchos son los que en estos momentos recordarán aquellos días, pues algunos recordarán no sólo del Pardo, sino cuando ya instalado en México organizó otro «Pardo».

Otra tercera persona magnífica era don Samuel Gili, uno de los hombres de apariencia más modesta y sencilla y de cultura más exquisita y refinada, de mayor delicadeza moral. Cuando decía algo, sobre todo si pensaba que pudiera ser una ironía o tenía un toque gracioso, lo hacía como disimulándose, se reía y se comía él mismo la risa.

No podríamos seguir haciendo una nómina completa, pero no puedo menos de recordar a los dos profesores de Ciencias Naturales. Uno de ellos, Luis Crespi, alto, austero, cabeza siempre rapada, lento, perezoso en sus andares, del cual yo en sus lecciones de campo he aprendido cosas que no he olvidado, entre otras, ésta que recuerdo con toda precisión: aprendí a contar la edad de un árbol por los anillos de crecimiento. El otro naturalista era Antonio Marín, un santo con todos los defectos de un santo porque a veces lo era demasiado, magnífico naturalista. Entre otras cosas debo recordar aquí que ha dejado totalmente inédita una colección espléndida de dibujos de plantas y animales, que yo creo debe hacerse algo para que salga a la publicidad.



Otra estupenda pareja era la que formaban Andrés León y Miguel Catalán, fueron dos hombres que no solamente asimilaron el espíritu del Instituto-Escuela, sino que contribuían muy eficazmente a crearlo. De Andrés León recuerdo que el día de su jubilación un grupo de alumnos le ofreció una cena, en la cual estas palabras tuyas se me quedaron grabadas, «me habéis hecho vosotros». De otro lado. Miguel Catalán, respondiendo con toda autenticidad al espíritu del Instituto-Escuela, empezó con León un precioso ensayo de enseñanza socrática aplicada a la física y la química consistente en ir situando a los alumnos de forma que ellos mismos llegaran al descubrimiento del fenómeno e incluso a su definición, experiencia que fue presentada y celebrada en una sesión pedagógica del Consejo de Europa. Es una experiencia que recuerda la de Sócrates cuando hizo descubrir a un inherente esclavo algunas leyes fundamentales de geometría.

Pero aún quedan muchos más y sobre todo aún queda la nómina larga de los que fueron mis compañeros y de los cuales también aprendí, pues llegado muy pronto al Instituto-Escuela y en los años posteriores, yo recibí los beneficios de lo que en el siglo pasado se llamó «la enseñanza mutua», en la cual los mayores en experiencia, sabiduría y talento, hicieron de maestro de los más jóvenes.